

Reestructuración productiva, luchas sindicales y acciones sociales en el Brasil actual

Ricardo Antunes

Resumen

El proyecto neoliberal, teniendo en la reestructuración productiva del capital su base material, asumió formas singulares e hizo que diversos países capitalistas reorganizaran su mundo productivo, procurando combinar elementos del ideario neoliberal y dimensiones de la reestructuración productiva del capital. Los círculos de control de calidad proliferaron, constituyéndose como grupos de trabajadores que son incentivados por el capital para discutir el trabajo y su desempeño con vistas a mejorar la productividad y el lucro de la empresa. Es la nueva forma que el capital utiliza para apropiarse del *savoir faire intelectual* del trabajo. El obrero debe pensar y hacer por y para el capital, lo que profundiza (contrariamente a rebajar) la subordinación del trabajo al capital. Este ensayo se aboca a explicar la forma que adopta el capital frente al trabajo, y para su propia reproducción, y ofrece una serie de elementos que explican el patrón actual de acumulación capitalista en tanto presenta el estado actual del mundo del trabajo y sus formas de organización mediante el movimiento sindical, como movimiento social y político. Se señalan los rasgos más importantes del mundo laboral: disminución del obrero manual; aumento acentuado del nuevo proletariado, de innumerables formas de *subproletarización* o *trabajo precarizado*; aumento sustancial del trabajo femenino; gran expansión de asalariados medios en el "sector de servicios"; exclusión de los trabajadores jóvenes y de los trabajadores "viejos"; intensificación y superexplotación del trabajo de los inmigrantes, de los negros, además de la expansión de los niveles de trabajo infantil, entre otros. El autor enfatiza los desafíos del sindicalismo en Brasil, lo que puede trascender más allá de este país, hacia un proyecto que debiera, en sus contornos básicos, iniciar el *desmontaje* del patrón de acumulación capitalista vigente, a través de un conjunto de medidas que rechacen una *globalización* y una *integración* impuestas por la lógica del capital, *integradora para afuera, para el capital, y destructiva y desintegradora para los trabajadores*.

Abstract

The neoliberal project, having in the productive restructuring of the capital its material base, assumed singular forms and caused that various capitalist countries reorganized their productive world, procuring to combine elements of the neoliberal ideology and dimensions of the productive restructuring of the capital. The quality control circles proliferated, constituted as groups of workers that they are incentivated by the capital to discuss the work and their performance with conferences to improve the productivity and the lucrativity of the company. It is the new form that the capital uses to preempt of the *savoir faire intellectual* of the work. The worker must think and make by and for the capital, what deepens (contrarily to reduce) the subordination of the work to the capital. This trial is met to explain the form that adopts the capital in front to the work, and for its own reproduction, and offers a series of elements that explain the current standard of capitalist accumulation in so much presents the current state of the world of the work and its forms of organization through the union movement, as social and political movement. The author indicates the most important features of the occupational world: decrease of the manual worker; stressed increase in the new proletariat, of countless forms of *subproletarianization* or *precariousness work*; substantial increase in the feminine work; great expansion of medium salaried in the "services sector"; exclusion of the working youths and of the "old" workers; escalation and superexploitation of the work of the immigrants, of the blacks, in addition to the expansion of the infantile work levels, between others. The author emphasizes the challenges of the syndicalism in Brazil, what can transcend beyond this country, toward a project that it should, in its basic contours, to begin the *disassembly* of the standard of outstanding capitalist accumulation, through a set of measures that reject a *globalization* and an *integration* imposed by the logic of the capital, *integrative for outside, for the capital and destructive and disintegrated for the workers*.

El capitalismo contemporáneo, con la configuración que ha asumido en las últimas décadas, acentuó su lógica destructiva, en la que se diseñan algunas de sus tendencias que han afectado visiblemente al mundo del trabajo. El patrón de acumulación capitalista, estructurado bajo el binomio taylorismo y fordismo, se ha alterado en forma creciente, se ha mezclado y en algunos casos ha sido substituido por las formas productivas flexibilizadas y desreglamentadas de las cuales la llamada acumulación flexible y el modelo japonés o toyotismo son ejemplos.

De manera sintética, entendemos el binomio fordismo/taylorismo como la expresión del sistema productivo y su respectivo proceso de trabajo que dominó la gran industria capitalista a lo largo de buena parte del siglo XX, basado en la producción en masa, responsable de una producción más homogeneizada. Este binomio se caracterizó por la articulación de la producción en serie fordista con el cronómetro taylorista, además de basarse en el trabajo parcelario y fragmentado, con una línea demarcatoria nitida entre elaboración y ejecución. De ese proceso productivo y de trabajo centrado en la gran industria concentrada y verticalizada se derivó el obrero-masa, el trabajador colectivo de las grandes empresas fuertemente jerarquizadas.

Del mismo modo, el *welfare state*, que dio sustento al modelo socialdemócrata y conformaba el aparato político, ideológico y contractual de la producción fordista en varios países centrales, también se ha ocultado por la desreglamentación neoliberal, privatizante y antisocial. Teniendo en la reestructuración productiva del capital su base material, el proyecto neoliberal asumió formas singulares e hizo que diversos países capitalistas reorganizaran su mundo productivo, procurando combinar elementos del ideario neoliberal y dimensiones de la reestructuración productiva del capital. Cada vez más próximos a la agenda neoliberal, los diversos gobiernos socialdemócratas de Occidente han dado enormes ejemplos de compatibilización así como de defensa de este proyecto. De Felipe González a François Mitterrand, pasando por el New Labour de Anthony Blair, en el Reino Unido, el agotamiento del proyecto socialdemócrata clásico queda en evidencia, metamorfoseándose en un programa que incorpora elementos básicos de neoliberalismo, con un barniz cada vez más tenue de la era contractual de la socialdemocracia.

Fue en este contexto que el proceso de recuperación capitalista, iniciado después de 1945 en Japón, emergió como una receta con una fuerza creciente en el mundo occidental desde mediados de los años setentas, como una tentativa de recuperación de la crisis estructural capitalista que entonces se diseñaba en los países centrales. Habiendo sido responsable de un avance vigoroso del capitalismo en Japón, el toyotismo se presentaba entonces como el más estructurado recetario productivo ofrecido por el capital, como un posible remedio para la crisis. El toyotismo o "modelo japonés" puede ser entendido, sintéticamente, como una forma de organización del trabajo que nace a partir de la fábrica Toyota, en Japón, después de la Segunda Guerra Mundial. Este modelo se diferencia (con mayor o menor intensidad) del fordismo, básicamente, en:

1. Es una producción más directamente vinculada a los flujos de la demanda.

2. Es variada y bastante heterogénea y diversificada.

3. Se fundamenta en el trabajo operativo en equipo con multivariedad y flexibilidad de funciones; en la reducción de las actividades improductivas dentro de las fábricas y en la ampliación y diversificación de las formas de intensificación de la explotación del trabajo.

4. Tiene como principio el *just in time*, el mejor aprovechamiento posible del tiempo de producción y funciona según el sistema de *kanban*, placas o señas de comando para reposición de piezas y de stocks, que en el toyotismo deben ser mínimos. Mientras en la fábrica fordista cerca del 75 por ciento era producido en planta, en la fábrica toyotista solamente el 25 por ciento se produce en su interior. Aquí se *horizontaliza* el proceso productivo y transfiere a "terceros" gran parte de lo que anteriormente era producido dentro de la fábrica.

La falacia de "calidad total" pasa a tener un papel de relevo en el proceso productivo. Los círculos de control de calidad proliferaron, constituyéndose como grupos de trabajadores que son incentivados por el capital para discutir el trabajo y su desempeño con vistas a mejorar la productividad y el lucro de la empresa. En efecto, es la nueva forma que el capital utiliza para apropiarse del *savoir faire intelectual* del trabajo. El *despotismo taylorista* aparece entonces mezclado con la *manipulación* del trabajo, con el "involucramiento" de los trabajadores a través de un proceso todavía más profundo de interiorización del trabajo alienado. El obrero debe pensar y hacer por y para el capital, lo que profundiza (contrariamente a atenuar) la subordinación del trabajo al capital. En Occidente, los CCQ han variado en cuanto a su implementación, dependiendo de las especificidades y singularidades de los países donde son implementados.

Esta vía particular de desarrollo del capitalismo contemporáneo japonés se mostró para Occidente como una alternativa posible de ser incorporada por el capital, con más o menos modificaciones en relación a su proyecto fordista original, variando en función de las condiciones particulares de cada país y de la propia vitalidad del fordismo. Y fue con base en varios experimentos del capital, de la vía japonesa a la experiencia de Estados Unidos (California), del norte de Italia y de la experiencia sueca, entre tantas otras, pero teniendo al *toyotismo* como su proyecto más avanzado, que el capital rediseñó su proceso productivo articulando estos nuevos elementos a su patrón productivo fordista anterior (ver, por ejemplo, Gounet, 1991; Bihl, 1991; Antunes, 1999).

Por el propio "têlos" (*sic*) que conduce estas tendencias que en realidad se constituyeron en respuestas del capital a su propia *crisis estructural*, caracterizada por su tendencia depresiva continua y profunda (Mészáros, 1995; Chessnais, 1996), fue que se acentuaron los elementos destructivos que presiden su lógica. Cuanto más aumentan la competitividad y la competencia intercapitalista, más nefastas son sus consecuencias, de las cuales, como decimos más arriba, son dos las manifestaciones particularmente virulentas y graves: la destrucción y/o precarización, sin paralelo en toda la historia moderna, de la fuerza humana trabajadora de la cual el *desempleo estructural* es el mayor ejemplo; la degradación creciente que destruye el medio ambiente en la relación metabólica entre

hombre y naturaleza conducida por la lógica de una sociedad volcada prioritariamente a la producción de mercancías y para el proceso de valorización del capital.

Se trata, por lo tanto, de una aguda destrucción que en el fondo representa la expresión más nítida de la crisis estructural que azota la (des)socialización contemporánea: destruye la fuerza humana trabajadora; se acaba con los derechos sociales; se brutalizan enormes contingentes de hombres y mujeres que viven de la venta de su fuerza de trabajo; se torna depredatoria la relación producción/naturaleza, creándose una monumental "sociedad de lo descartable", que tira todo lo que sirvió como "embalaje" de las mercancías y/o su sistema, manteniendo y agilizándose mientras tanto, el circuito reproductivo del capital.

En este escenario, caracterizado por una tríada que domina al mundo (Estados Unidos y su NAFTA, que aunque claramente hegemónico económica, política e ideológicamente, tiene próximos a Alemania que lidera Europa unificada, y a Japón al frente de los demás países asiáticos), cuando uno de los polos de la tríada se fortalece, los otros se resienten y debilitan. Véase por ejemplo, la actual crisis que se intensifica en Japón y en los países asiáticos y cuyo potencial de propagación es avasallador. Así, en el embate cotidiano que emprenden para expandirse por los lugares del mundo que les interesan, y también para co-administrar situaciones más explosivas, en suma, para disputar y al mismo tiempo controlar las crisis, acaban por acarrear mayor destrucción y precarización. El vuelo libre, parasitario y destructivo de los capitales volátiles es también una clara expresión del *carácter estructural de la crisis contemporánea*.

América Latina se "integra" a la llamada mundialización destruyéndose socialmente. Los niveles de indigencia social hablan por sí solos. De Argentina a México, pasando por el Perú del pequeño Bonaparte Fujimori, sin hablar del Brasil de Fernando Henrique Cardoso, mezcla pomposa de pequeñez fujimorista con un toque jocoso de "nobleza" inspirada en la dama de hierro del neoliberalismo inglés, que lo consagró como el *príncipe del servilismo al gran capital*. En Asia, la enorme expansión se da a costa de una brutal superexplotación del trabajo, de lo que la huelga de los trabajadores de Corea del Sur, en 1997, es una firme denuncia. Superexplotación que atañe también profundamente a mujeres y niños. De África, el capital ya no quiere casi más nada. Sólo le interesa su parte rica.

¿Qué decir de una forma de sociedad que desemplea o precariza más de mil doscientos millones de personas, cerca de un tercio de la *fuerza humana mundial que trabaja*?

Esto es así porque el capital es incapaz de realizar su autovalorización sin utilizar el trabajo humano. Puede reducir el trabajo vivo, pero no *eliminarlo*. Puede precarizarlo y dejar sin empleo a parcelas inmensas, pero no puede extinguirlo.

Este contexto, cuyos problemas más agudos aquí indicamos de manera somera, tiene consecuencias enormes en el mundo del trabajo. Solamente vamos a señalar las más importantes:

1) disminución del obrero manual, fabril, "estable"; 2) aumento acentuado del *nuevo proletariado*, de innumerables formas de *subproletarización* o *trabajo precarizado*; 3) aumento sustancial del trabajo femenino al interior de la clase

trabajadora; 4) enorme expansión de asalariados medios en el "sector de servicios"; 5) exclusión de los trabajadores jóvenes y de los trabajadores "viejos"; 6) intensificación y superexplotación del trabajo con la utilización brutal del trabajo de los inmigrantes, de los negros, además de la expansión de los niveles de trabajo infantil; 7) aumento del *desempleo estructural*, y 8) expansión de lo que Marx llamó *trabajo social combinado* (Marx, 1994) en el que trabajadores de diversas partes del mundo participan del proceso de producción y de servicios. Lo que sí es evidente es que esto no camina en el sentido de la eliminación de la clase trabajadora, pero sí de su complejización, utilización e intensificación de manera cada vez más diversificada, acentuada y precarizada, acentuando la necesidad de una estructuración *internacional* de los trabajadores para confrontar al capital. Por lo tanto, la clase trabajadora se *fragmentó*, se *heterogeneizó* y se *complejizó*, aún más (Antunes, 1999).

Estas consecuencias al interior del mundo del trabajo evidencian que bajo el capitalismo no se constata el fin del *trabajo* como medida de *valor*, pero sí un cambio *cualitativo*, dado, por un lado, por el peso creciente de su dimensión más calificada del trabajo multifuncional, del obrero apto para operar con máquinas informatizadas, de objetivación de actividades cerebrales;¹ y por otro lado, por la *intensificación* llevada al límite de las formas de explotación del trabajo, presentes y en expansión en el nuevo *proletariado*, en el *subproletariado industrial y de servicios*, en el enorme abanico de trabajadores que son explotados crecientemente por el capital, no sólo en los países subordinados, sino en el propio corazón del sistema capitalista. Al contrario del fin del *valor-trabajo*, se puede constatar una interrelación complejizada en la relación entre *trabajo vivo* y *trabajo muerto*, entre *trabajo productivo e improductivo*, entre *trabajo material e inmaterial*, acentuando aún más las formas de extracción de plusvalía *relativa y absoluta*, la que se realiza a escala ampliada y mundializada.

Estos elementos —aquí solamente indicados en sus tendencias más generales—, repetimos, no posibilitan conferir estatuto de validez a las tesis sobre el *fin del trabajo* bajo el *modo de producción capitalista*. Lo que queda en evidencia aún más cuando se constata que dos tercios de la fuerza de trabajo son parte constitutiva de los países del llamado Tercer Mundo (eufemísticamente llamados "emergentes"), donde las tendencias anteriormente apuntadas, tienen, incluso, un ritmo muy *particular y diferenciado*. Restringirse a Alemania o a Francia, y a partir de ahí hacer *generalizaciones y universalizaciones* sobre el *fin del trabajo* o de la *clase trabajadora*, sin considerar lo que pasa en países como India, China, Brasil, México, Corea del Sur, Rusia, Argentina, etcétera, para no hablar de Japón, se configura como un equívoco de gran significación. Vale la pena señalar además que la tesis del fin de la clase trabajadora, aún cuando esté restringida a los países centrales carece, en nuestra opinión, de fundamentación, tanto empírica como analíticamente. Una noción *ampliada* de trabajo, que tome en cuenta su carácter multifacético, es por tanto un claro ejemplo para responder a este equívoco.

¹ La expresión es tomada de Lojkine, 1995.

La imprescindible eliminación del trabajo asalariado, del trabajo fetichizado y alienado y la creación de *individuos libremente asociados* está, por lo tanto, indisolublemente vinculada a la necesidad de eliminar *integralmente* el capital y su *sistema de metabolismo social* en todas sus formas. Si el fin del trabajo asalariado y fetichizado es un imperativo social decisivo e inalienable, esto no debe impedir un estudio cuidadoso de la clase trabajadora, así como analizar sus principales transformaciones.

Asume especial importancia la forma en la que estas transformaciones han afectado el *movimiento social y político de los trabajadores* (incluido el movimiento sindical y partidista), especialmente en países menos desarrollados respecto de los países capitalistas centrales. Si estas transformaciones están impregnadas de significados y consecuencias para la clase trabajadora y sus *movimientos sociales, sindicales y políticos* en los países capitalistas avanzados, también lo están en países *intermedios y subordinados*, pero dotados de relevante *porte industrial*, como es el caso de Brasil.

En el siguiente apartado nos dedicaremos a analizar algunos de los principales desafíos que se le plantean al movimiento social de los trabajadores, especialmente al nuevo sindicalismo.

Sindicalismo y patrones de acumulación en el capitalismo brasileño

El capitalismo brasileño, particularmente su patrón de acumulación industrial, desarrollado desde mediados de la década de los cincuentas e intensificado en el periodo posterior al golpe de 1964, tiene una estructura productiva "de doble cara": por un lado, se estructura la producción de bienes de consumo duradero —como automóviles, electrodomésticos, etcétera—, para un mercado interno restrictivo y selectivo, compuesto por las clases dominantes y una parte importante de las clases medias, especialmente sus estratos más altos; por otro lado, se tiene la producción para la exportación, no sólo de productos primarios, sino también de productos industrializados de consumo. La disminución creciente de los salarios de los trabajadores posibilitó niveles de acumulación que atrajeron fuertemente al capital monopolista. De este modo, la expansión capitalista industrial se sustentó (y todavía se sustenta) en un proceso de superexplotación del trabajo, dado por la articulación de bajos salarios, una jornada de trabajo prolongada (en los periodos de ciclo expansionista) y de muy fuerte intensidad, dentro de un patrón industrial significativo para un país subordinado. Este patrón de acumulación se desarrolló con mucha fuerza, especialmente a lo largo de las décadas de los cincuentas a la de los setentas.

Durante los años ochentas este proceso comenzó a sufrir los primeros cambios. Aunque los rasgos básicos del patrón de acumulación de su "modelo económico" permanecieron, fue posible presenciar algunas mutaciones *organizacionales y tecnológicas* al interior del proceso productivo y de servicios, aunque evidentemente con un ritmo mucho más lento que el experimentado por los países centrales. Eso porque, hasta entonces, el país todavía estaba relativamente distante

del proceso de reestructuración productiva del capital y del proyecto neoliberal en curso, acentuado en los países capitalistas centrales.

A partir de 1990, con el ascenso de Fernando Collor y después con Fernando Henrique Cardoso, este proceso se intensificó de manera importante con la implementación de innumerables elementos que reproducen, en sus rasgos esenciales, el recetario neoliberal. Por eso, actualmente la reestructuración productiva del capital en el Brasil es más expresiva y sus impactos recientes son más significativos. Se combinan procesos de *downsizing* de las empresas, un enorme aumento de las formas de superexplotación de la fuerza de trabajo, verificándose también mutaciones en el proceso tecnológico e informático. La flexibilización, la desreglamentación y las nuevas formas de gestión productiva están presentes con gran intensidad, indicando que el fordismo, todavía dominante, también se articula con nuevos procesos productivos, con las formas de acumulación flexible y varios elementos propios del llamado toyotismo, el modelo japonés, que configuran las tendencias del capitalismo contemporáneo.

Es verdad que la inexistencia de una fuerza de trabajo "calificada" o *multifuncional*, en el sentido que le es dado por el capital (apta para operar con maquinaria informatizada) puede constituirse, en algunas ramas productivas, como elemento con potencial para obstaculizar en parte el avance capitalista. Pero es decisivo enfatizar que *la combinación obtenida por la superexplotación de la fuerza de trabajo y su baja remuneración, con algunos patrones productivos y tecnológicos más avanzados, se constituye en elemento central para la inversión productiva de capitales. En efecto, a los capitales productivos les interesa la confluencia de fuerza de trabajo "calificada" para operar con los equipos microelectrónicos, pero también la existencia de patrones de sub-remuneración y explotación intensificada, además de condiciones plenas de flexibilización y precarización de la fuerza de trabajo. En síntesis, la vigencia de la superexplotación del trabajo, combinando la extracción de plusvalía relativa con la expansión de las formas de extracción de plusvalía absoluta, esto es, combinando avance tecnológico junto con prolongación e intensificación del ritmo y de la jornada de trabajo.*

Este proceso de reestructuración productiva del capital, desarrollado a escala mundial a partir de los años setentas, forzó una redefinición de Brasil con relación a la división internacional del trabajo, así como su (re)inserción en el sistema productivo global del capital, en una fase en que el capital financiero e improductivo se expande y también afecta fuertemente al conjunto de los países capitalistas. Por cierto, la conjugación de estos experimentos más *universalizantes*, con las condiciones económicas, sociales y políticas propias de Brasil, han generado fuertes consecuencias al interior de su movimiento social, en particular a los movimientos obrero y sindical.

Durante la década de los ochentas, antes de la acentuación de estas tendencias más generales, el *nuevo sindicalismo* venció un momento particularmente positivo y fuerte que se constata en los siguientes hechos:

1. Hubo una enorme oleada de huelgas protagonizadas por diversos segmentos de trabajadores, como los obreros industriales (destacándose los metalúrgi-

cos), los asalariados rurales, los empleados públicos y diversos sectores asalariados medios, en un vasto movimiento que se caracterizó por la existencia de huelgas *generales por categoría*, huelgas *con ocupación de fábricas*, huelgas *por empresas* y huelgas *generales nacionales*.

2. Se dio una pronunciada expansión del sindicalismo de los asalariados medios y del sector de servicios, como bancarios, profesores, médicos, empleados públicos etcétera, que crecieron significativamente durante este periodo y se organizaron en importantes sindicatos.

3. Hubo continuidad del avance del sindicalismo rural, en ascenso desde los años setentas, permitiendo una reestructuración organizativa de los trabajadores del campo que influyó posteriormente en el nacimiento del Movimiento de los Trabajadores Sin-Tierra (MST).

4. Se dio el nacimiento de las centrales sindicales, como la Central Única de los Trabajadores (CUT), fundada en 1983 e inspirada, en su origen, en una tendencia clasista, autónoma e independiente del Estado. Heredera de las luchas sociales y obreras de las décadas previas, especialmente de los setentas, la CUT resultó de la confluencia entre el *nuevo sindicalismo*, nacido al interior de la estructura sindical y el movimiento de las *oposiciones sindicales*, que actuaban fuera de la estructura sindical y combatían su sentido estatal, subordinado, maniatado y verticalizado.

5. Se procuró, aunque de manera insuficiente, avanzar en la organización en los espacios de trabajo, debilidad crónica del movimiento sindical, a través de la creación de innumerables comisiones de fábricas, entre otras formas de organización en las áreas laborales, y

6. Se dio un avance significativo en la lucha por la autonomía y libertad de los sindicatos en relación al Estado, tanto a través del combate al Impuesto Sindical, como a la estructura confederacional, cupulista, jerarquizada, con fuertes rasgos corporativistas, instrumentos usados por el Estado para subordinar y maniatar a los sindicatos (ver Antunes, 1994).

El conjunto de estos elementos permite afirmar que, a lo largo de la década de los ochentas, hubo un cuadro nítidamente favorable al *nuevo sindicalismo* (en cuanto *movimiento social de los trabajadores*, con fuerte carácter de clase), que seguía en dirección contraria al del cuadro de crisis sindical ya presente en varios países capitalistas avanzados.

Sindicalismo renovado, nuevos desafíos

Entretanto, en los últimos años de los ochentas, comenzaban a despuntar las tendencias económicas, políticas e ideológicas responsables, en la década de los noventas, de la inserción del sindicalismo brasileño en la onda regresiva.

Las mutaciones en el proceso productivo y en la reestructuración de las empresas, desarrolladas dentro de un cuadro muchas veces recesivo, provocaron un proceso de *desproletarización* de importantes contingentes obreros, además

de la precarización e intensificación todavía más acentuadas de la fuerza de trabajo, de lo cual la industria *automovilística* es un claro ejemplo.

Las propuestas de desreglamentación, de flexibilización, de privatización acelerada, de desindustrialización tuvieron, inicialmente en el gobierno de Fernando Collor y posteriormente en el de Henrique Cardoso, un fuerte impulso, una vez que, cada uno a su modo se adaptó y siguió en lo esencial una política de corte neoliberal. Paralelamente a la retracción de la fuerza de trabajo industrial se amplió también el *subproletariado*, los *tercerizados*, los *sub-empleados*, o sea las distintas modalidades del trabajador precarizado. Correspondió al gobierno de Cardoso intensificar el proceso de desmontaje de los exiguos derechos obreros, ganados durante varias décadas de lucha de los trabajadores.

Esta nueva realidad se intensificó e hizo más *defensivo al nuevo sindicalismo* que se encontraba, por un lado, frente a la emergencia de un sindicalismo neoliberal, expresión de la *nueva derecha*, sintonizado con la onda mundial conservadora, de la que Fuerza Sindical (central sindical creada en 1991) es el mejor ejemplo. Y, por otro, frente a la inflexión que viene dándose al interior de la CUT, inspirada por su núcleo dominante, que cada vez se aproxima más a los modelos del sindicalismo europeo socialdemócrata. Todo esto viene dificultando enormemente el avance cualitativo de la CUT —capaz de transitar de un periodo de resistencia, como en los años iniciales del *nuevo sindicalismo*, hacia un momento superior— de *elaboración de propuestas económicas alternativas, contrarias al patrón de desarrollo capitalista existente*, que pudiesen contemplar prioritariamente el amplio conjunto que representa la clase trabajadora.

En este caso, el desafío mayor de la CUT es articular su postura combativa anterior con una perspectiva *crítica y anticapitalista*, de nitidos contornos socialistas, que sea compatible con los nuevos desafíos de los años noventas, y de ese modo, dotar al *nuevo sindicalismo* de los elementos necesarios para resistir a los influjos externos, a la avalancha del capital, al ideario neoliberal, en su aspecto más nefasto. Y, por otra parte, resistir también al *acomodamiento socialdemócrata*, que a pesar de su crisis en los países centrales, viene aumentando fuertemente sus lazos políticos e ideológicos con el movimiento sindical brasileño. El sindicalismo contractualista, de tipo socialdemócrata, procura entonces presentarse cada vez más como la *única alternativa* posible para combatir al neoliberalismo. No obstante, la ausencia de perspectiva política e ideológica anticapitalista hace que termine por acercarse cada vez más a la agenda neoliberal.

Por todo esto, el cuadro crítico del sindicalismo brasileño se acentuó bastante a lo largo de los años noventas. El sindicalismo de Fuerza Sindical, con fuerte dimensión política e ideológica, ocupa el campo sindical de la nueva derecha, de la preservación del orden, de la sintonía con el diseño del capital globalizado, que nos reserva el papel de país ensamblador, sin tecnología propia, sin capacitación científica, dependiente totalmente de los recursos externos.

En la Central Única de los Trabajadores los desafíos son de gran envergadura. En su núcleo dominante se desarrolla una postura de abandono de concepciones socialistas y anticapitalistas en nombre de una *acomodo dentro del orden*. La

defensa de la política de participación en las negociaciones con la patronal, de las cámaras sectoriales, de la actuación conjunta entre capital y trabajo, con vistas al "crecimiento del país", se estructura de acuerdo con el proyecto y la práctica sindical socialdemócrata, de lo que resulta una *disminución creciente en la voluntad política de romper con los elementos persistentes de la estructura sindical amarrada al Estado y su consecuente relativa adaptación a esta estructura sindical de cúpula, institucionalizada y burocratizada que caracterizó al sindicalismo brasileño posterior a los años treinta.*

Los resultados de esta postura sindical no han sido nada alentadores: cuanto más se participa dentro del orden, menos se consigue preservar los intereses del mundo del trabajo. Las "cámaras sectoriales", por ejemplo, que se constituían en bandera programática de Articulación Sindical y que fueron concebidas como modelo para reestructurar el parque productivo y aumentar el empleo, después de varias experiencias resultaron en un enorme fracaso, contabilizándose enormes pérdidas de puestos de trabajo, como se puede constatar en el caso de la "cámara sectorial" de la rama automovilística del ABC paulista. Y ello sin hacer referencia al significado político e ideológico de esta postura que llevó al Sindicato de los Metalúrgicos de San Bernardo a concordar e inclusive defender una reducción de impuestos para el capital vinculado a la industria automovilística como forma de dinamizarla y así preservar empleos.²

En los sectores claramente socialistas y anticapitalistas, que han crecido en importancia dentro de la CUT, los desafíos y las dificultades son de gran envergadura. No obstante, ha sido posible presenciar importantes experiencias como, por ejemplo, la del Sindicato de los Metalúrgicos de Campinas, que siempre se mantuvo contrario a la participación en las cámaras sectoriales, a las negociaciones y a los pactos con el gobierno. Se trata de un sindicato importante, organizado en un fuerte centro industrial de Brasil, y que se estructura como un *movimiento sindical y social de base, clasista y socialista*, de peso relevante tanto al interior de la CUT, en oposición a la rigidez socialdemócrata de su núcleo dominante, como en el impulso en dirección a una acción con contornos más acentuadamente de base y socialistas al interior del conjunto del sindicalismo brasileño. Este mismo desafío —el de pensar una alternativa crítica y contraria a las cámaras sectoriales— ha distinguido la actuación del Sindicato de los Metalúrgicos de San José dos Campos donde se sitúa la fábrica *General Motors*, entre otros sindicatos.

Del mismo modo, se viene desarrollando un esfuerzo significativo con vistas a la *unificación y articulación de manera más efectiva del conjunto de sectores socialistas y anticapitalistas* al interior de la CUT. En su Congreso Nacional,

² La participación de la CUT, nuevamente a través de su núcleo dominante, en la llamada reforma de la Ley Jubilatoria (en efecto, un proceso de desmontaje de los exiguos derechos jubilatorios en Brasil), durante el gobierno de Fernando Henrique Cardoso, fue otra expresión de lo equivoco de esta postura sindical y política. Ésta tuvo un impacto desmovilizador sobre el movimiento sindical de los trabajadores que preparaban y organizaban acciones de resistencia y oposición a Cardoso y a su (contra) reforma de la (no) jubilación.

realizado en 1997, se registró un crecimiento de los sectores de izquierda que ampliaron su presencia en el interior de la CUT beneficiados en parte por el nuevo contexto de las luchas sociales, dado especialmente por la acción del MST. Este fue responsable, a principios de 1997 (un año después de la bárbara masacre de numerosos trabajadores sin-tierra ocurrida en Pará), *del más importante acto popular de oposición al gobierno de Cardoso*, a través de marchas provenientes de varias partes del país, pasando por innumerables ciudades, donde se realizaban actos a favor de la lucha por la tierra y contra la política del gobierno, hasta encontrarse y unificarse en Brasilia, donde obligaron al gobierno a recibirlos, en medio de una pujante manifestación social y política de masas.

Ese nuevo cuadro permite vislumbrar, para los próximos años, el retorno de acciones sociales en un nivel tal vez superior al actual. Para eso, mientras tanto, es muy importante también una clara definición del sindicalismo brasileño reciente. ¿Se amoldará a una acción pactada dentro del orden, negociador y contractualista, como es la propuesta del núcleo dominante al interior de la CUT a través de las cámaras sectoriales o del énfasis en la participación negociada, en las "asociaciones" con el capital, con vistas al "crecimiento", "desarrollo", "aumento de la productividad", "incentivo al ingreso de capitales extranjeros", etcétera, puntos éstos que se encuentran claramente en sintonía y subordinados ideológicamente al capital? O, al contrario, ¿los sectores ubicados más a la izquierda conseguirán elaborar *conjuntamente, con movimientos sociales y partidos políticos de perfil socialista*, una alternativa *contra el orden*, con claros contornos anticapitalistas? En efecto, el principal desafío de los sectores de izquierda de la CUT, que tienen más proximidad con el MST, con las luchas sociales y las experiencias sociales de base de los trabajadores, será avanzar en la elaboración de un programa con un diseño alternativo y contrario al actual, formulado bajo la óptica de los trabajadores, capaz de responder a las reivindicaciones inmediatas del mundo del trabajo, *pero teniendo como horizonte una organización social fundada en valores socialistas y efectivamente emancipadores* y que no tenga ilusiones de reformar el carácter destructivo de la lógica del capital.

El desafío mayor radica, inicialmente, en gestar un diseño de organización social que comience la eliminación de la superexplotación del trabajo que, como vimos anteriormente, caracteriza también al capitalismo industrial brasileño, cuyo salario mínimo tiene niveles degradantes, a pesar de la fuerza e importancia de su parque productivo.

Ese proyecto deberá, en sus contornos básicos, iniciar el *desmontaje* del patrón de acumulación capitalista vigente, a través de un conjunto de medidas que rechacen una *globalización* y una *integración* impuestas por la lógica del capital, *integradora para afuera, para el capital y destructiva y desintegradora para los trabajadores*. Se deberá realizar una reforma agraria amplia y radical, contemplando los diversos intereses *solidarios y colectivos* de los trabajadores y *desposeídos de la tierra*. Tal proyecto deberá impulsar el nivel tecnológico brasileño, pero con bases reales, con ciencia y tecnología de punta desarrolladas en nuestro país y bajo formas de cooperación con países que tengan similitudes con

Brasil y cuyo eje de avance tecnológico y científico esté volcado *prioritariamente* hacia la resolución de las carencias más profundas de nuestra *clase trabajadora*.

Será un proyecto que deberá, además, controlar y cohibir fuertemente a innumerables sectores monopólicos, cuestionar la hegemonía del capital financiero y limitar las formas de expansión y especulación del capital-dinero, incentivando, en cambio, las formas de producción volcadas hacia las necesidades sociales de la población trabajadora, *hacia la producción de cosas socialmente útiles*. Las tierras y asentamientos colectivos organizados por el MST son ejemplares cuando se piensa en el universo agrario brasileño, sus potencialidades y sus brutales carencias. Dichas carencias son consecuencia de la estructura latifundista concentrada y especulativa y que, cuando es productiva, está volcada centralmente hacia la exportación.

Un proyecto con estos contornos, del que aquí sólo se indican algunos puntos, *será resultado de la articulación de experimentos sociales de base y reflexiones colectivas*. Este proyecto podrá crear las condiciones necesarias, preliminares, para su profundización, dotando de *un mayor sentido univertalizante y socialista*, en un espacio que *necesariamente* supera el espacio nacional. Esto porque los experimentos del llamado "socialismo en un solo país" se mostraron como un rotundo fracaso. El desafío, por lo tanto, es dirigir la mirada hacia una sociedad que va *más allá del capital*, pero que tiene que dar también respuestas inmediatas a la barbarie que arrasa la vida cotidiana del ser social que trabaja. En otras palabras, buscar la imprescindible articulación entre los intereses inmediatos y una acción estratégica de clara conformación anticapitalista, teniendo como horizonte una organización social fundada en los valores socialistas y efectivamente emancipadores. Lo anterior plantea una vez más, la importancia de la creación de nuevas formas de organización internacional de los trabajadores.

Además de participar activamente en la elaboración de un proyecto con los contornos ya citados, de manera articulada con los partidos de izquierda y con los movimientos sociales de base (teniendo claridad en que su *horizonte social* se encuentra *más allá del capital y de la actual sociedad capitalista*), el sindicalismo de izquierda en Brasil enfrenta también un conjunto de desafíos *propriamente organizativos* y que hablan de la propia sobrevivencia de los sindicatos en cuanto movimientos sociales de los trabajadores. Estos desafíos atañen tanto al movimiento sindical de los países subordinados, dotados de un significativo porte económico, social y político como México, Argentina, la India, Corea del Sur, entre otros, como al sindicalismo existente en los países centrales y que han experimentado un cuadro crítico.

El primer desafío, fundamental para la propia sobrevivencia de los sindicatos, *será romper la enorme barrera social* que separa a los trabajadores "estables", en franco proceso de reducción, de los trabajadores de tiempo parcial, precarizados, subproletarizados, en significativa expansión en el actual escenario mundial. Estos deben organizar y auxiliar en la auto-organización a los desempleados, en lugar de expulsarlos de los sindicatos a causa de la obligatoriedad del pago de cuotas de afiliación al sindicato que, obviamente, no pueden pagar. *Los sindica-*

tos *habrán de empeñarse en la organización sindical ampliada de los trabajadores hoy desorganizados*. O los sindicatos organizan a la *clase trabajadora en su conjunto* o estarán cada vez más limitados y restringidos a un contingente minoritario y parcial de los trabajadores.

Además, los sindicatos tendrán que *reconocer el derecho de auto-organización de las mujeres-trabajadoras*, parte decisiva del mundo del trabajo y que siempre estuvieron excluidas del espacio sindical dominado por los hombres-trabajadores; tendrán que articular las cuestiones de *clase* con las referentes a la cuestión de *género*. Del mismo modo, los sindicatos *habrán de abrirse a los jóvenes-trabajadores*, que tampoco han encontrado eco a sus aspiraciones en los organismos sindicales, así como a los *trabajadores-negros*, a los cuales generalmente el capital destina los trabajos más precarizados y con peor remuneración.

El sindicalismo tendría que incorporar a las *nuevas categorías de trabajadores y trabajadoras* que no tienen una tradición previa de organización en sindicatos en uno *contemporáneamente clasista*, en el horizonte del siglo XXI, si no quiere restringirse al ámbito reducido y cada vez menor de los "trabajadores estables". Los sindicatos tendrían que incorporar también a aquellos amplios contingentes del *nuevo proletariado* que vende su fuerza de trabajo en las empresas de *fastfood*, en los *McDonalds* y, en tantas áreas donde se amplía el universo de los asalariados.

Este sindicalismo tendría que romper radicalmente con todas las formas de *neocorporativismo* que privilegian sus respectivas categorías profesionales y que, consecuentemente, acaban *disminuyendo o abandonando sus contenidos más acentuadamente clasistas*. No hablamos aquí solamente de corporativismo de tipo estatal, tan fuerte en Brasil, México, Argentina, sino también de un *neocorporativismo social*, en expansión en el sindicalismo contemporáneo, que es excluyente, parcializador, y que preserva y acentúa el carácter fragmentado de la clase trabajadora, en sintonía con los intereses del capital que procura cultivar el individualismo y la alternativa personal, contra los intereses solidarios, colectivos y sociales. Del mismo modo, se debe eliminar cualquier resquicio de tendencias xenófobas, ultranacionalistas, de apoyo al racismo y de connivencia con las acciones contra los trabajadores inmigrantes, provenientes de los países subordinados.

Es fundamental también, para el sindicalismo de izquierda, romper con la tendencia creciente de *institucionalización y burocratización*, que tan fuertemente ha marcado el movimiento sindical a escala global y que lo distancia de sus bases sociales, aumentando todavía más la brecha existente entre las instituciones sindicales y los movimientos sociales autónomos. La experiencia de los *Comitati di Base* (COBAS) que despuntaron a partir de la década de los ochentas en Italia contra la moderación de las centrales sindicales dominantes, así como la de tantas otras manifestaciones de base de los trabajadores —como la presión que ejercieron los empleados públicos franceses, en la huelga de noviembre/diciembre de 1995, contraponiéndose a la moderación y adhesión de algunas centrales sindi-

cales— son ejemplos importantes de esa imperiosa necesidad de retomar la base social de los sindicatos de izquierda y romper su burocratismo e institucionalismo.

También es fundamental revertir la tendencia, desarrollada a partir del avance del toyotismo a escala global, a reducir al sindicato al ámbito exclusivamente fabril, al llamado sindicalismo de empresa, más vulnerable y atado al comando patronal. Las respuestas de los sindicatos de izquierda deben ser de otro tipo: la empresa fordista era verticalizada y tuvo como resultado un sindicalismo también verticalizado. La empresa toyotista, que sigue el recetario del “modelo japonés” es horizontalizada. Un sindicato verticalizado está imposibilitado de enfrentar los desafíos de clase en el capitalismo contemporáneo. Por eso, el sindicalismo debe horizontalizarse, lo que significa ser más ampliamente clasista, contemporáneamente clasista, incorporando al amplio conjunto que comprende la clase trabajadora hoy, desde los más “estables”, hasta aquéllos que están en el universo más precarizado y “tercerizado”, en la denominada “economía informal”, etcétera, o que están entre los desempleados. El rescate del *sentido de pertenencia de clase* es hoy su desafío más importante.

Incluso teniendo claro que este elenco debe ser ampliado en muchos aspectos, hay todavía otro desafío agudo y fundamental, que es oportuno indicar aquí, sin el cual la clase trabajadora queda orgánicamente desarmada en el combate contra el capital: *la clase trabajadora debe romper la barrera impuesta por el capital entre lucha sindical y lucha parlamentaria, entre lucha económica y lucha política, articulando y fundiendo las luchas sociales, extra-parlamentarias, autónomas, que dan vida a las acciones de clase. Como el capital ejerce un dominio extra-parlamentario es un grave equívoco querer derrotarlo con acciones que se restrinjan o privilegien el ámbito de la institucionalidad* (Mészáros, 1995).

Los sindicatos y los movimientos sociales de trabajadores tendrán que procurar ampliar y fundir sus luchas sindicales y políticas, dando amplitud a las acciones contra el capital y evitar de todos modos la escisión —operada por el capital y realizada también por la vía socialdemócrata del sindicalismo y del movimiento obrero— entre la realización de la lucha económica (efectivizada por los sindicatos) y la actuación político-parlamentaria (de responsabilidad de los partidos). Esta segmentación mecánica está completamente incapacitada para derrotar el sistema totalizante de dominio del capital.

Se torna imperioso, por lo tanto, para los movimientos sociales de los trabajadores, la necesidad de avanzar en la dirección de un *diseño social estructurado a partir de la perspectiva del trabajo emancipado y contrario al capital, con su nefasta división social y jerárquica del trabajo*. Articular las acciones que tengan como *punto de partida dimensiones concretas de la vida cotidiana* con los valores más generales que posibiliten la realización de una *vida auténtica, dotada de sentido*. Es preciso tener como horizonte cada vez más próximo la necesidad de alterar substancialmente la lógica de la producción social; ésta debe estar prioritariamente volcada hacia la producción de *valores de uso* y no *valores de cambio*. Se sabe que la humanidad tendría condiciones de reproducirse

socialmente, a escala mundial, si la producción destructiva (incluida la producción bélica) fuese eliminada, y si el resultado del trabajo social fuese volcado no hacia la lógica del mercado, sino *hacia la producción de cosas socialmente útiles. Trabajando pocas horas por día, en una forma de trabajo auto-determinado, el mundo podría reproducirse, atendiendo sus necesidades sociales fundamentales, en forma no destructiva. Y el tiempo libre, ampliado de manera creciente, podría, entonces, ganar un sentido verdaderamente libre y también el auto-determinado* (Antunes, 1999).

La producción de cosas socialmente útiles debe tener como criterio el *tiempo disponible* y no el *tiempo excedente* que preside la sociedad capitalista contemporánea. De esta forma, el trabajo, dotado de mayor dimensión humana y social, perdería su carácter fetichizado y alienado, tal como se manifiesta hoy y, además de ganar un sentido de auto-actividad, abriría posibilidades efectivas para un *tiempo libre lleno de sentido además de la esfera del trabajo*, lo que es imposible en la sociedad regida por la lógica del capital. Incluso porque no puede haber tiempo verdaderamente libre erigido sobre trabajo cosificado. El "tiempo libre" actualmente existente acaba siendo conducido hacia el consumo de mercancías, sean materiales o inmateriales. El tiempo fuera del trabajo también está fuertemente contaminado por el fetichismo de la mercancía (*Idem*).

Para que esta formulación no quede desprovista de contenido concreto y real es preciso partir del *interior de la vida cotidiana* e intensificar las mutaciones y resistencias que afloran en las manifestaciones de rebeldía y descontento de los seres sociales que viven de la venta de su fuerza de trabajo o que están (temporalmente) excluidos de este proceso por la lógica destructiva que rige a la sociedad contemporánea. Pero es fundamental que estas acciones tengan, en su sentido más profundo, una dirección esencialmente contraria a la lógica del capital y del mercado. A título de ejemplo: la lucha por la reforma agraria, exigida por el más importante movimiento social de Brasil, el Movimiento de los Sin Tierra, hace posible visualizar formas de producción con rasgos nítidamente colectivos, como son los asentamientos del MST. O incluso, la acción mundial de los trabajadores por la reducción de la jornada o del tiempo de trabajo, sin reducción salarial y sin pérdida de los derechos sociales, permite poner en el centro del debate la siguiente cuestión: *¿qué sociedad se quiere construir?, ¿qué y para quién se debe producir?* Lo que permite (re)diseñar un proyecto de organización social radicalmente contrario al capital.

Las luchas sociales en Brasil, y en particular el movimiento sindical de izquierda, han sido al mismo tiempo parte y resultado de las acciones de clase que se desencadenaron contra el capital. La huelga de los trabajadores públicos en Francia mostró, por ejemplo, cómo es posible *resistir* —y no *adherir*— al neoliberalismo y a sus intenciones destructivas. El mundo contemporáneo ha presenciado varias formas de resistencia y huelgas contra el capital. Podemos recordar el enfrentamiento desencadenado por los 2 millones de obreros metalúrgicos de Corea del Sur en 1997, o la huelga de los trabajadores de la United Parcel Service, en agosto de 1997, o de los trabajadores metalúrgicos de la General

Motors en 1998, ambas en Estados Unidos, o incluso la huelga de los *dockers* en Liverpool que duró más de 2 años. Toda estas paralizaciones se realizaron en contra de los intentos de precarización del trabajo o de la pérdida de derechos adquiridos por los trabajadores. O la explosión de Los Angeles en 1992, o la Rebelión de Chiapas en México, en el histórico 1° de enero de 1994, que fueron manifestaciones de rechazo de los negros o de los campesinos indígenas, de los trabajadores de la ciudad y del campo *contra las brutales discriminaciones étnicas, de color y de clase* que caracterizan la (des)sociabilidad contemporánea, contra la degradación creciente de las condiciones de vida y trabajo de hombres y mujeres. Las recientes batallas de Seattle contra la Organización Mundial del Comercio, de Washington, contra el Banco Mundial, así como las acciones desencadenadas en todo el mundo el 1º de mayo de 2000, corroboran y amplían el sentimiento y las acciones de carácter claramente anti-capitalista.

Conclusiones

Me gustaría concluir con el ejemplo del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra de Brasil (MST) que concretiza lo que arriba planteamos. Su emergencia como el más importante movimiento social y político del Brasil contemporáneo, haciendo renacer la lucha de los trabajadores del campo y convirtiéndola en el centro de la lucha política brasileña y de nuestra lucha de clases, es nuestro ejemplo más significativo de la fuerza y de la necesidad de recuperar, sobre bases nuevas, la *centralidad de las luchas sociales* en Brasil. El MST, en efecto, se constituyó en el principal catalizador e impulsor de las luchas sociales recientes y, *por los fuertes lazos que mantiene con sectores sociales urbanos*, ha hecho posible visualizar el regreso a acciones sociales de masas en Brasil a un nivel *posiblemente superior al vivido en los últimos años*. Su importancia y peso devienen del hecho de que:

1. El centro de actuación del MST está volcado hacia el *movimiento social* de los trabajadores del campo y no hacia la acción *institucional* o *parlamentaria*. La segunda (la acción institucional) es consecuencia de la primera (la lucha social) y nunca lo contrario.

2. Aunque sea un movimiento de trabajadores rurales ha incorporado a los trabajadores excluidos de la ciudad que vuelven al campo (en esta inversión del flujo migratorio en Brasil), expulsados por la "modernización productiva" de las industrias, dando como resultado una síntesis que *aglutina y articula experiencias y formas de sociabilidad propias del mundo del trabajo rural y urbano*.

3. Resulta de la fusión de la experiencia de la izquierda católica –vinculada a la Teología de la Liberación y a las comunidades de base de la Iglesia– con militantes formados ideológicamente dentro del ideario y de la praxis de inspiración marxista, retomando las dos vertientes más importantes de las luchas sociales recientes en Brasil.

4. Tiene una *estructuración nacional* con fuerte base social que le otorga *dinámica, vitalidad y movimiento* y, de ese modo, permite a los trabajadores

vislumbrar una vida cotidiana dotada de sentido, en la medida en que el MST les permite luchar por algo concreto, que es la posesión de la tierra a través de la acción y de la resistencia colectivas.

Esto da al MST mucha fuerza y vigor. En la brutal exclusión social que experimenta el país hay un manantial de fuerza social a ser organizada por el MST. Y, cuanto mayor sea su importancia, cuanto mayores sean sus lazos con los trabajadores urbanos, más ayudará a recuperar las luchas sindicales de clase en Brasil. El hecho de que el MST tenga como eje de su acción las luchas sociales concretas ha operado como una decisiva fuente de inspiración también para la izquierda sindical, para que estos sectores no se vean ideológicamente subordinados al capital en el terreno de las negociaciones sino que actúen directamente como un movimiento sindical, social y político capaz de participar de la construcción de una sociedad más allá del capital.

Es necesario, por lo tanto, rediseñar un proyecto alternativo socialista que rescate los valores más esenciales de la humanidad. Para esto, un buen punto de partida es desarrollar una crítica contemporánea y profunda a la (des)sociabilización de la humanidad bajo el capital teniendo, entretanto, como centralidad y eje decisivos, las acciones sociales de los trabajadores del campo y de las ciudades en sus movimientos sociales, sindicales y políticos que enfrenten la lógica destructiva del capital.

Bibliografía

- Antunes, Ricardo (1999). *Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*, Buenos Aires, Editorial Antídoto, Colección "Herramienta" (editado también por Editora Cortez, 2001).
- (1999a), *Os sentidos do trabalho: ensaio sobre a afirmação e a negação do trabalho*, São Paulo, Boitempo Editorial.
- (1994), "Recent strikes in Brazil: the main tendencies of the strike movement of the 1980s", in *Latin American Perspectives*, Thousand Oaks, California, Sage Publications, issue 80, vol. 21, number 1, winter.
- Bihr, Alain (1991), *Du grand soir à l'alternative (Le mouvement ouvrier européen en crise)*, Paris, Les Editions Ouvrières.
- Chesnais, François (1996), *A mundialização do capital*, São Paulo, Xamã.
- Gounet, Thomas (1991), "Luttes concurrentielles et stratégies d'accumulation dans l'industrie automobile", en *Etudes Marxistes*, Bruxelles, núm. 10.
- Lojkin, Jean (1995), *A revolução informacional*, São Paulo, Ed. Cortez.
- Marx, Karl (1994), *Chapter Six*, London, Lawrence & Wishart, *Collected Works*, vol. 34.
- Mészáros, István (1995), *Beyond Capital (Towards a Theory of Transition)*, London, Merlin Press.